

# Mundos Paralelos

Juan Andrés González Bustamante



# Capítulo 1

A Melisa y Lucymar, por permanecer y florecer.

***I: PESADILLAS***

## **ES SOLO UNA PESADILLA**

El tamborileo de sus dedos sobre la superficie de la mesa me tiene al borde de la locura. No hay otro sonido en la sala más que ese. Es primavera, pero no se escucha cantar ni a un pequeño pajarito. No lo sé. Estoy totalmente concentrada en él. Sus ojos me traspasan. El arma está en una esquina de la mesa. Tal vez es mejor que acabemos con esto de una vez, pienso. Pero no. Al parecer, él no tiene intenciones de interrumpir este asqueroso e incómodo silencio.

Siento hasta los latidos de mi propio corazón. Escucho su respiración. La mía. Sus dedos. Sus manos. Su boca. Quiero pararme y salir. Escapar. Correr sin un rumbo fijo, pero siento como si una fuerza sobrehumana no me permitiera tan siquiera pensar en levantarme. Algo me ata a esta maldita silla. A él. Me mira con intensidad y yo le sostengo la mirada.

Luego, de un momento a otro, él agarra el arma y me apunta. Yo me sobresalto, y noto furia en su mirada, como si quisiera arrebatarme los pocos vestigios de amor que aún siento por él. Trato de pensar en otras cosas: mi madre, mi familia, mis pertenencias, mis estudios, el futuro que me espera si logro salir del abrasador amor de este hombre al que tanto amé, que tanto cuidé y que tanto valoré. Pero no. No logro sacar de mi cabeza la imagen de cuando éramos estupidamente felices, cuando no nos importaba nada. Sin embargo, las cosas han cambiado. Y yo lo sé, aunque no sé si él también lo sepa. La incertidumbre me carcome las entrañas; no sé si salir corriendo, enfrentarme a él, tratar de arrebatarse el arma o cualquier insensatez que seguramente me cueste la vida.

Y sucede lo inevitable. Él quita muy lentamente el seguro, pone el dedo en el gatillo, y duda. Baja el arma y yo me quedo paralizada. Agacha la cabeza, y yo me levanto para acercarme y darle un abrazo. Pero él, de repente, vuelve a apuntarme y yo retrocedo. En una ráfaga de segundo, veo como la bala sale disparada hacia mi vientre. Siento una punzada insoportable. Caigo de rodillas, y lo miro por una última vez. En su mirada veo de todo menos arrepentimiento o compasión. Hasta parece orgulloso de haberse quitado un peso de encima: yo y su futuro hijo o hija. Luego me derrumbo hacia un lado y siento como esa mirada de fuego me

arrebatada violentamente mi vida, o al menos, lo que quedaba de ella.

Me despierto sobresaltada, sudando frío y hasta temblando. Me quedo mirando al techo, tratando de poner en orden mis pensamientos, pero no puedo. Después miro a mi lado, y lo veo a él. Está profundamente dormido, en posición fetal y con una almohada entre sus rodillas. Me toco el vientre y, al parecer, él o ella también está dormido o dormida. Intento tranquilizarme. Calma, calma, repito en mi mente, parece que fue solo una pesadilla. ¿O no?

## **PIEL CANELA**

Una nota que flota en el aire me obliga a saltar, agarrarla y traerla de nuevo a tierra. «Debo continuar, no debo dejar esto a medias», pienso. He luchado constantemente por poner cada nota en su lugar, en su compás indicado, y al tempo establecido, y también esforzado mucho para que mis manos me respondan en el momento que lo necesite. Y, cómo no, mis pies también con los pedales, sosteniendo o desvaneciendo momentáneamente el arte que brota desde mi cerebro, recorre mis venas, activa todos y cada uno de mis huesos, músculos, tejidos, cartílagos y piel para que mis dedos acaricien las piezas de marfil, que sólo obedecen con sus intensos e intrigantes sonidos.

Mi voz, sin embargo, no me responde: mis cuerdas vocales no se estiran lo suficiente y siento ahogarme en piscinas de desafinación y poca dicción. Pero no me importa, sigo adelante. No pasa nada, me digo en un susurro tratando de consolarme y continúo. Siento la vibración en cada rincón oscuro de mi cuerpo. Éste se despierta y me ayuda. Me paro de mi asiento y, con el instrumental de Piel canela siendo tocada por la orquesta, comienzo a bailar. Cierro los ojos y me desprendo de todo. Todo, todo. Mis preocupaciones, mi pudor y mis complejos pasan a un segundo plano mientras muevo hasta los dedos de mis pies. Mi cabello —que ya me llega a los hombros gracias a un cuidado especial de mi parte— se suelta y ágiles mechones de éste me comienzan a tapar el rostro. Me muevo hacia un lado, luego hacia el otro, me caigo lentamente, y después me levanto rápidamente. Mi columna va hacia atrás y hacia adelante. Comienzan a tocar cumbia, cumbia de mi país. Aumento la velocidad de mis movimientos. Utilizo todo el espacio del escenario y me siento dueño de éste. Por primera vez, me siento dueño de mí mismo. Luego me pierdo, me extravío y comienzo a sollozar. Ojalá no lo noten, pienso. Mis pies

hacia la izquierda, hacia la derecha. Me dejo llevar, aunque este baile no esté programado en el concierto. Se suponía que solo iba a interpretar Piel canela con ayuda del piano, de mi voz y de la orquesta, claro está. Pero ya no me importa. Sé que van a despedirme por esta insensatez, pero sólo fluyo con la música. Después me ocuparé de buscar otro trabajo, qué más da.

El baile siempre estuvo en mí, sólo que no fui consciente de ello hasta que un día, vagando y perdiéndome en los caminos sin retorno de la ciudad y con sus fatigados olores inundando mis fosas nasales, comencé a bailar, sin pensar en nada más. No tenía razón ni motivo para hacerlo, pero lo hice. En medio del bullicio, escuché la canción que me paré a bailar en pleno concierto y seguí el ritmo. Varias —por no decir muchas— miradas por encima del hombro se fijaron en mí. Despreciables, pensaba mientras movía mis extremidades al ritmo del bolero. Que se quede el infinito sin estrellas, o que pierda el ancho mar su inmensidad, pero el negro de tus ojos que no muera, y el canela de tu piel se quede igual. Hermosa Piel Canela, canción interpretada por Andrés Cepeda y compuesta por Bobby Capó. Yo seguía con mi cuerpo los acentos de los tambores, las maracas, el chillido de las trompetas y hasta la melodía de la voz de aquel majestuoso artista, como es Cepeda.

Y de repente, me descubrí bailando en uno de los tantos laberintos de la misteriosa y enigmática ciudad. Un camino sin salida con altos muros hechos de mármol y aparentemente insalvables era lo que tenía a mi vista, pero yo no me quedé quieto y seguí bailando como si la palabra porvenir no existiera en mi léxico. Y, poco a poco, esos fortificados muros se fueron desvaneciendo de mi vista —o de mi imaginación— y dejé de bailar, tan súbitamente como empecé. Luego, volví a la realidad.

La música también es parte de mí, claro, pero no era mi pasión realmente. Soy pianista y cantante, pero no disfruto de a mucho desempeñar profesionalmente dichas ramas del arte. Disfruto más cuando me estoy duchando y comienzo a bailar con el jabón como pareja de baile. Disfruto más cuando nadie me ve en el espejo de mi cuarto y sacudo mi cuerpo —con una que otra canción de salsa de fondo— del cansancio acumulado durante la jornada. Disfruto más cuando me coloco los audífonos, pongo Piel canela y me olvido por completo que existe un mundo o una realidad a la cual tengo que enfrentarme más temprano que tarde. En cuanto a la música, prefiero degustarla y bailarla antes que interpretarla, como solía hacerlo en bares, auditorios, y algunas veces, en



reuniones familiares.

Ahora, cuando el concierto se termina, el director me despide sin preámbulo, gritándome que nunca más vuelva a aparecerme por allí, ni a llamarlo, ni a nada que tenga que ver con trabajo. Me tacha de irresponsable, de cínico y de maricón; que eso le pasaba a él por contratar para un evento tan importante a alguien como yo, tan, tan... Me volteo y le doy la espalda. Me voy sin mirar atrás, con la cabeza hirviendo, pero me siento hasta feliz, me he quitado un peso de encima. Luego, ya veré que hacer. Ahora sólo quiero llegar a mi hogar y seguir bailando. Es como algo que no puedo contener, un impulso incontrolable que hasta ahora solo me ha causado problemas. Sin embargo, yo lo veo como mi sueño, aunque muy poca gente crea en mí. Conmigo mismo me basta.

Al llegar a casa, lo encuentro dormido. Pensé que estaría despierto para que bailáramos un rato, mientras tomábamos algo de brandy y fumábamos un poco de tabaco, despreocupados, tal como acostumbramos hacerlo los sábados. Intento no hacer ruido y empiezo a desvestirme. Primero me quito la camisa, luego el pantalón y, por último, la ropa interior. Me pongo el atuendo más adecuado para dormir placenteramente, y me cepillo los dientes. Me lavo la cara, me seco con una toalla y, finalmente, opto por dirigirme a nuestra habitación. Él sigue dormido, o al menos eso parece. Levanto suavemente la sábana y me meto en la cama. Lo abrazo y me aferro a su pecho. Siento su cuerpo frío, como si hubiese estado expuesto al sereno de la noche. Me parece algo raro, pero a lo lejos escucho mi canción predilecta, favorita: Piel Canela. Me relajo y mis ojos se van cerrando con lentitud, sin oponerse.

Amanece. Me despierto y lo veo en la misma posición, como si en la noche no se hubiese movido ni nada. Me parece extraño, pero inmediatamente, me paro de la cama y voy a hacernos el desayuno. Miro en la nevera, saco unas arepas blancas, mantequilla y quesito. Arriba, hay unos huevos y tostadas. Agarro ambos alimentos y me pongo en función de preparar la primera comida del día.

Unos veinte minutos después, el desayuno está listo. Separo mi porción en un plato y pongo en otro la de él sobre una bandeja de madera para llevárselo a la cama. Me falta algo de tomar; miro otra vez en la nevera y sólo hay leche. La sirvo en un vaso y este lo pongo en la bandeja. Está todo listo. Me dirijo a nuestra habitación y él sigue dormido. Me extraño aún más e intento levantarlo. Nada, parece profundamente dormido, como cuando llegué la noche anterior. Lo sacudo con más fuerza y él sigue sin reaccionar. Dejo la bandeja sobre la cama y me acerco a él. Lo llamo por su nombre, y tampoco. Me acerco a su nariz, pero no, no es posible, no, no, no. Esto no puede, no puede estar sucediendo. Empiezo a hiperventilarme y lágrimas salen de mis ojos sin poder contenerme. ¿Por qué?, ¿qué hiciste?, ¿por qué, por qué?, le pregunto sin parar, esperando inútilmente alguna respuesta.

No me doy cuenta, pero ya ha comenzado a llover y parece que en todo el día no va a parar. No puedo creerlo, me niego a aceptar esta nefasta realidad. Veo borroso, siento mareos y no puedo mantenerme de pie. Siento que mi cuerpo se derrumba y el último sonido que escucho es la misma canción de anoche; miro al techo y hay una nota que queda en el aire, pero ya no puedo saltar para atraparla y traerla de nuevo a tierra. Ya no.

## **EL BAÚL AMARILLO**

Recuerdo que cuando era un adolescente me fracturé los meniscos jugando fútbol. Había salido temprano del colegio— estaba en primero de bachillerato— y unos compañeros me propusieron que nos fuéramos a jugar, que qué pereza irse para la casa tan temprano. Yo tampoco tenía algo mejor que hacer, así que les hice caso y me fui con ellos. Al principio, todo transcurrió con normalidad, jugábamos sin empujarnos ni nada y el equipo en el que yo estaba iba ganando dos a uno. Tomamos un descanso, fuimos a tomar agua a una canilla y, luego de refrescarnos y descansar, seguimos el juego. Sin embargo, cuando ya estábamos a punto de terminar el partido —ya que dijimos que el que hiciera cinco goles ganaba y mi equipo iba ganando cuatro a tres— mi equipo iba en contraataque y yo iba solo, dirigiéndome a la portería. Chuté sin pensarlo mucho, pero al lanzar el balón, un chico llegó a destiempo para bloquear mi tiro, me tumbó y yo caí fuertemente sobre mi rodilla derecha y al suelo. Sentí un dolor inmenso, y grité mientras lloraba desconsoladamente. No podía pararme, ni siquiera arrastrarme. Estaba

indefenso. No obstante, un amigo, Jorge, se acercó, me ayudó a parar y me llevó a la casa.

Ese mismo día, mi madre me llevó a urgencias del hospital San Vicente y, luego de esperar un tiempo indefinible para mí debido al dolor que sentía, un médico me atendió, me hizo unas cuantas preguntas y procedieron a operarme; por cierto, la operación que tenían que hacerme salió toda del bolsillo de mi mamá. Me entraron a lo que, supuse yo, era el cuarto de operaciones. Mi mamá se tuvo que quedar afuera. El médico, un muchacho prácticamente, alto y de rasgos finos, me dijo, muy simpáticamente, que no me preocupara, que todo iba a salir bien y que, en ese mismo momento, me iban a aplicar una inyección para que yo entrara en un profundo sueño y no sintiera nada. Así lo hizo, pero no él sino otra chica que parecía ser su asistente, y, debido a que a los dos minutos ya estaba flotando en mi mente, dormido, no pude detallar sus rasgos físicos.

Recuerdo haberme despertado desubicado. Mi madre estaba al lado de la camilla, observándome y con un juguito de caja en la mano y un pastel de guayaba, de los que tanto me gustaban.

—Ya pasó, tranquilo mi amor— me dijo suavemente al verme despertar. Unas dos semanas después me dieron de alta y pude regresar al colegio. Desde aquel día, decidí nunca más volver a jugar ningún deporte en mi vida.

Un día, cuando terminé primero de bachillerato, tomé una decisión que cambió mi vida radicalmente: dejé de estudiar. Le pedí a mi padre que me pusiera a trabajar en cualquier cosa, para poder pagarle a mis cuatro hermanos los estudios y poder construirle una casa propia a mi madre, y él me llevó a la fábrica de buses donde trabajaba. Allí trabajé cuarenta y cuatro años y me jubilé. Con mucho esfuerzo, claramente. Me pasó de todo en esa fábrica: regaños, insultos, agresiones físicas y psicológicas, mejor dicho, de todo. Y también un acontecimiento que marcó por completo mi vida y la de mis seres queridos...

A los 49 años, un 19 de marzo del 2005, tuve un accidente. Estaba borracho en un domingo de Ramos. El clima de aquel día era nublado y amargo. Recuerdo que estaba en un bar con Jorge a punto de caernos de la borrachera y amanecidos. Cuando cerraron el bar, le dije que nos fuéramos a Buenos Aires, así que agarré mi moto y comencé a manejar. Ambos dejamos los cascos sobre alguna mesa del bar. Yo veía borroso y me pasaba todos los semáforos en rojo. Sentía como si los frenos no existieran. Una curva abierta, otra cerrada. Aumento de la velocidad, cincuenta, sesenta, setenta, ochenta y luego cien kilómetros por hora. Pero de pronto, en una vía llegando a la Toma, me pasé la línea que delimitaba ambos carriles y esquivé un carro que venía en dirección contraria. El resultado fue que me estrellé contra la puerta azul de lo que



parecía ser un lote en construcción. Lo último que recuerdo es la moto destrozada a mi lado por el choque, y la sangre que comenzaba a brotar de la boca de mi amigo, Jorge.

Mis tres hijos, mejor dicho, toda mi familia se enteró de lo sucedido debido a que mi madre los llamó diciéndoles que acababa de recibir una llamada del hospital del Centro de Salud de Buenos Aires, en el cual estaba yo en cuidados intensivos. Todos salieron corriendo a verme. Del Centro de Salud, me remitieron al hospital San Vicente de Paul. Allí me hicieron una cirugía en la parte frontal del cráneo y una traqueotomía, las cuales duraron seis horas, ya que no era capaz de respirar. Estuve veinte días en coma en cuidados intensivos, totalmente inconsciente, en blanco, en una habitación del quinto piso del hospital. Mi familia se turnaba para quedarse a cuidarme, o acompañarme más bien, ya que no podía recibir visitas. Al menos, todo eso fue lo que me contaron un tiempo después...

Como dije, estaba en blanco, como en una nebulosa, sin embargo, recuerdo haber tenido una experiencia cercana a la muerte: un desdoblamiento, lo llaman. Recuerdo haber sentido una tranquilidad gigantesca, como si estuviera flotando en un vacío infinito. No sentía cansancio, estrés, felicidad, preocupación, ni nada. Todo era tranquilidad para mí. Paz. No sentía mi cuerpo, sino a mi espíritu divagando en ese vacío. No existía el tiempo, ni el espacio, ni las texturas, ni las formas, ni las personas, ni los olores, nada de nada. Me sentía en eso: en la nada. No sé por cuanto tiempo estuve en ese estado, solo sé que, súbitamente, de un momento a otro, llegué a la puerta de mi casa. Estaba abierta y yo simplemente entré y no vi a nadie. Mi moto siempre estaba parqueada en el interior de la sala, pero no estaba ahí. La puerta de la habitación de mi hermana estaba también abierta. Caminé dos pasos y vi al hijo chiquito de mi hermana, subiéndose a la cama. Luego, sentí un escalofrío insoportable, al ver a mi padre sentado en una silla de mimbre, meciéndose como si nada y, en ese momento, escuché una voz inconfundible:

—Qué hubo, mijo —sentí como su voz me traspasaba por completo, y luego recordé que él estaba muerto y el niño también. Me agarré con ambos brazos el vientre y mi corazón empezó a palpar con fuerza, con rapidez.

—Qué hubo, apá —sólo eso atiné a responderle.

Sentía muchas ganas de irme, de escapar, mucho miedo. Algo extraño, ya que lo único que había sentido en todo ese tiempo vacío, fue tranquilidad. Lo último que recuerdo es que mis pies se devolvían hasta la puerta, como buscando la salida. Cuando llegué a la puerta, no recuerdo más.

Me desperté en una camilla del hospital; no podía mover mi cuerpo, pero mis ojos sí. Miré en todas las direcciones, pero no pude distinguir mayor cosa. Quise hablar o gritar para pedir ayuda, pero no me salía la voz. Tenía un tubo conectado a la tráquea, el cual no me permitía hablar. En el tercer intento de vociferar algo, me comenzó a doler intensamente la garganta. Ni siquiera podía abrir la boca. Me dormí hasta el día siguiente, y vi a mi madre al lado de la cama, apretándome la mano. Resultó que el lado izquierdo de mi cuerpo estaba totalmente paralizado, hasta que mucho tiempo después logré recuperarme del todo. Del hospital, salí pesando treinta kilos.

Cuando regresé a mi casa, el doctor le dijo a mi madre:

—Lléveselo, que igual él va a quedar como un vegetal. O se recupera del todo o se muere ahora sí de verdad.

Me sentía prácticamente inmovilizado. Mi mamá, todos mis hermanos y mis hijos me cuidaron, me bañaron, me vistieron y me ayudaron a seguir adelante, a recuperarme de un todo y por todo. A veces, compañeros del trabajo iban a visitarme; salían horrorizados: no sabían quién era aquel señor flaco y con un inquietante parecido a un muñeco de trapo sentado en una silla de ruedas y con la mirada perdida. Eso me dijeron después, porque yo no reconocía a nada ni a nadie.

Sin embargo, recuperarme tomó mucho tiempo. Poco a poco, empecé a rememorar lo vivido, a las personas de mi entorno y todos los lugares que eran parte de mi cotidianidad. El día del accidente, las circunstancias y todos los pequeños detalles del choque. Comencé a recordar mis vicios: un paquete de cigarrillos diarios, y la bebida, cada quincena. No los culpé a ellos, me culpé a mí mismo, por arruinar mi vida y la de las personas que me rodeaban por un error de mi parte.

Un tiempo después, las terapias que me mandó el doctor fueron parte de mi vida diaria. Estas las recibí en el mismo hospital donde me operaron. Un día que estaba saliendo de la tercera me crucé con el doctor que me operó y que resultó ser el mismo que me había operado de los meniscos aquella vez. Al principio no reparó en mí, pero luego se detuvo, me miró intensamente y me dijo:

—Ave maría, usted tiene un angelito en el cielo, don Rubén— hizo una pausa y puso su mano derecha en mi hombro—. Déjeme decirle que usted es un milagro viviente.

Seguía teniendo la simpatía de su juventud, aunque ahora se veía viejo y cansado. Yo sólo hice un amago de sonrisa y me fui para la casa. No tenía muchas ganas de hablar, pero sé que nunca olvidaré sus

palabras.

Después, según me contó mi madre, a mí ya me habían aplicado los Santos Óleos, cuando recuperé la conciencia. En pocas palabras, yo estaba muerto en vida. Durante mi estado en coma, mi madre fue con mi hermano a la Iglesia de Manrique. Había mucha gente, las bancas estaban llenas y la misa de sanación de los enfermos estaba a punto de comenzar. Ella se arrodilló en una banca que había libre, observó la estatua del Señor de las Misericordias y comenzó a rezar: <<Señor, mi hijo está muy mal, haz con él tu santa voluntad>>. Salió y se dirigió a nuestro hogar. Un tiempo después, efectivamente, yo sería la representación en carne y hueso de un milagro viviente.

Luego de ese accidente, dejé de tomar, de fumar y recomencé mi vida desde cero. Han pasado ya catorce años y aún quedan secuelas del accidente: epilepsia aguda. Debo tomar dos pastillas diarias, para no convulsionar todo el tiempo y cuidarme de emociones fuertes. No puedo probar una sola gota de licor ni cigarrillo y tampoco puedo trasnochar, como solía hacerlo en mi juventud. Dios me dio una segunda oportunidad para seguir viviendo y yo no dudé un segundo en aprovecharla. Me di cuenta que uno tiene dos días escritos en la vida: el día de nacer y el día de morir.

Por otro lado, en mi casa hay un baúl amarillo con candado en la cocina, al lado del fogón, donde guardo algunas herramientas para arreglar la moto que tengo ahora y las llaves de mi antigua moto. Me lo regaló mi padre, ya que me dijo que lo iban a botar en la fábrica y que él quiso dármelo a mí, como regalo de mi cumpleaños número veinticinco. Algunas veces, abro ese baúl y agarro esas llaves. De un modo inexplicable, todos los recuerdos vuelven a mí como si hubiesen pasado ayer. Intento no abrirlo muy seguido, para dejar enterrado ese pasado que casi me cuesta la vida.

Esta es mi historia y aunque duelen y arden las cicatrices del pasado, sigo mi vida, intentando no cometer los mismos errores de antes, e incluso para ni siquiera pensar en cometerlos. Como dijo el médico que me operó y lo corrobora cada día toda mi familia que vivió mi tragedia en carne propia: soy un milagro viviente. O un muerto viviente, más bien...

## LAS PUERTAS DEL INFIERNO

Estaba sentado en la calle, esperando a que mi madre saliera de Falabella de San Diego. Sumergido andaba yo en mis pensamientos y posibles ideas para comenzar a escribir un cuento o un relato quizás, pero un indigente, como cualquier otro, se acercó a mí y me pidió un poco de dinero; yo le dije que no tenía nada, porque solamente tenía los pasajes de resto de mes para el colegio. Él siguió insistiendo y llegó un momento donde miré hacia la puerta principal de Falabella para ver si mi madre ya salía, pero nada, al parecer seguía averiguando esos zapatos que tanto quería para el matrimonio de una amiga suya, por lo que le pedí al indigente en un tono secreto y confidencial:

—Cuéntame una historia que me impacte, pero que al mismo tiempo me deje un sinsabor y te doy cinco mil pesos, te lo prometo.

—¿Usted tan jovencito es escritor?

—No pregunte y comience.

Me miró y dijo:

—¿Tiene algo para anotar?

Yo, al instante, saqué mi celular y me dispuse a escucharlo. El indigente me dictó, palabra por palabra, frase por frase, la siguiente historia: mi único trabajo fue organizar las ideas y escribirlo a medias. No le cambio una sola letra:

*El cielo se nubló. Por el horizonte pasaron nubarrones grises y furiosos, cargados de lluvia y desastre. Truenos sonaron a lo lejos, como enojado, yo no sé. Pero el cielo no estaba al tanto de la farra que se estaba convirtiendo cada vez más alocada e incontrolable aquí abajo.*

*Recuerdo que eran hombres, mujeres, niños y hasta ancianos, bailando todos con todos al son de una misma cumbia, todos enfundados en trajes coloridos y extravagantes: fucsia, amarillo canario, naranja, rojo vivo y verde fosforescente eran los más comunes; seres salidos de las mismísimas cavernas del infierno. Algunos traían máscaras de demonios y otros de brujas y así; unos pocos, estaban sin nada de máscaras, pero con*

*la cara pintada de colores igual o más exuberantes que sus propios vestuarios. Ahora que lo recuerdo, estoy seguro que no era maquillaje; eran como unos trazos coloridos incongruentes sobre el rostro; líneas desordenadas en torno a los ojos, como formando un corazón en cada uno; una figura extraña de color violeta y gris y rozando un poco la nariz y la jeta, y en el cuello, unas llamas rojizas y mal hechas, hermano, qué gente más montañera.*

*Algo asustado, me dediqué a observar con más detalle aquella locura. Todos desfilaban por la Avenida San Juan con la 65, cerca de Homecenter. Pero, de un momento a otro, la tormenta se desató. Al caer el agua, vi como esos cuerpos se movían desesperados y aterrados como cucarachas buscando refugio, escapando de algún zapato asesino.*

*Recuerdo también, vagamente, el origen de la música: un camión con una tarima en la parte trasera y tres bafles grandes que resonaban a todo volumen creando una atmósfera de extrañeza. No sé por qué, desconozco los motivos de mi presencia en medio de aquella turba. Era, quizá, el único que no tenía vestuario o la cara pintada, porque en realidad, había muchísima gente, e iba pensando en la forma, la manera en que podría conseguirme un poquito de bazuco para pasar la noche tranquilo, pero de pronto mis pensamientos fueron interrumpidos por el cese de la música; creció un alarido en el aire, y miré hacia todas las direcciones buscando identificarlo. Solo cuando alcé mi mirada con la boca abierta, porque es un movimiento casi robótico del ser humano, inténtelo y verás, pude divisar lo que en principio reconocí como unos gallinazos volando en el firmamento. Pero después, hermano, recordé de nuevo el alarido: no era el de un animal... era humano. Mi oído no es perfecto, pero sí puede diferenciar entre un ladrido, un gruñido, un bramido, un maullido y la ronca voz de un hombre maduro. Inesperadamente, varias personas que estaban cerca de mí también empezaron a alzar la cabeza en dirección al cielo y comenzaron a rezar. ¿Por qué, si hace un momento todos estaban corriendo despavoridos buscando refugio, ahora aquella visión les activaba sus sentires místicos o religiosos pues? Qué hijueputas le pasaba a esa gente. Luego, otro alarido, y otro, y otro, y otro, cada uno subiendo en volumen hasta volverse estridente y ensordecedor. Yo tuve que dejar de mirar y ponerme las dos manos en los oídos, para minimizar un poco ese ruido que superaba por creces al que hace un momento apagaron: la música del camión. Se escuchaba como ese vacío que uno oye cuando se pone un vaso que le tape toda la oreja, como el sonido vago del mar y las olas en calma. Cerré los ojos y seguí caminando, sin intenciones de conseguir un refugio, sabiendo que yo, que yo nunca tuve un lugar a donde volver, a donde ir para poner en orden mis pensamientos, mis sentimientos, un lugar donde sentirme seguro, un lugar donde me sintiese amado. Nunca. La calle no es hogar de nadie, es como un cuartucho de paso de un hotel de mala muerte atendido en la recepción por una señora obesa, antipática y ansiosa por el dinero que tenemos que pagarle por adelantado: si no, se larga de aquí por una*



*patada mía o de mi esposo difunto, usted verá, diría esa cucha.*

*Tuve un ataque de taquicardia y caí al suelo. Sentí las pisadas de esos seres pintarrajeados de inmundicias y vestidos con ropa exuberante. Vomité los dos panes que me había regalado un señor después de pedirle y rogarle un montón y también algo de bilis negra. Quería una, un poquito de bazuco, tan solo un poquito, no pedía, no pedía mucho más. Un poquito, por favor, repetía incesantemente, mientras los alaridos eran cada vez más insoportables y yo no tenía ni un principio de fuerzas ni valor para levantarme por mí mismo. De pronto, descendieron en grupo, ruidosamente, como si de un helicóptero se tratase. Lo sabía, lo sabía, grité a los cuatro vientos, lo sabía. Eran ángeles, tenían alas negras, el rostro limpio y sereno, algunos eran altos, otros bajitos, otros medianos y así, de todos los gustos, también tenían los ojos de todos los colores imaginables, pero había uno que sobresalía, uno que tenía los ojos rojos, como si acabara de meterse una fumadita de marihuana, pero era la pupila, la pupila; cómo es posible esto, me pregunté, cada vez más y más alucinado. De un momento a otro, el de las pupilas rojas se me acercó a grandes zancadas, y sin miramientos me cogió del antebrazo derecho y me obligó a pararme. Yo chillé de dolor e intenté sostenerme de pie, pero no pude. Me desplomé y él intentó volver a ayudarme, pero esta vez me miró de frente y me pateó en la boca del estómago. Me retorcí de dolor, pero no gritaba porque me comenzó a faltar el aire. Empecé a ver nítido todo y luego borroso, como si estuviera jugando al optómetro. Aquel ángel de pupilas rojas no pronunció ni una palabra, pues claro, cómo iba a hacerse escuchar en medio de aquella algarabía, pero después, como si de un pequeño juego de niños se tratara, lanzó un grito que hizo que todos pararan en seco sus actividades de tortura, por lo que pude ver a algunos ancianos y niños rodeados de un charco de sangre y babeando una espuma por la boca. Todos lo miraron y esperaron órdenes, pero él solo se acercó a mí y me dijo con voz serena y que rayaba un poco en el cinismo: Vive.*

*Sentí la pipa en mi mano izquierda: intentaban arrancármela, yo no quería, no, no, mi querida no, nunca me la iban a quitar, nunca, jamás. Quise abrir los ojos y cuando lo hice, vi a dos monstruos uniformados de verde intentando levantarme por los hombros: no pudieron, nunca pueden con nada, no pueden ni consigo mismos, ahora conmigo, con mi querida pipa, ay, pobre de ellos, qué risa me da. No lo siguieron intentando y oí la interferencia como de un radio. Estarán llamando a una ambulancia, pensé, pero no, eso para qué, yo ya no tengo remedio, no pierdan el tiempo conmigo. La pipa no estaba prendida y mi candela ya no tenía nada de gasolina. Qué podré hacer, me pregunté, pero mi cerebro estaba fulminado, lo único que hice fue apretar con todas mis fuerzas la pipa contra mi pecho: un instrumento minúsculo de abertura circular que pasó de ser un cacharro que se vende en cualquier lado, a ser mi vida. Sí, mi vida. Intenté levantarme por mi cuenta, pero no pude. Tomé aire e intenté gritar, pero tosí, tosí mucho. Finalmente, salió*

*mi voz disparada e intenté imitar al ángel de mi verdadera vida, porque esta, esto no es vida. Eso me dice la pipa cada día por las mañanas.*

*Y nuevamente sentí un ataque de taquicardia. ¿Sobreviviría? Qué importaba ya, qué importaba. Y otra vez desperté a la realidad; ahora, a seguir viviendo la mentira, las mentiras de este mundo. Sentía que me estaban arrastrando. ¿Para dónde me llevan, gonorreas?, intenté balbucear. Miré hacia arriba y supe que estaba atravesando el umbral, sí, el umbral de las puertas del infierno... Mi pipa, ay, mi pipa querida...*

—Fantástico— dije balbuceante, anonadado por aquella historia—, pero, ¿qué título le pongo?

—No sé, pelado, póngale uno que siempre le recuerde esta conversación y a mi persona.

Al instante, llegó mi madre y me miró, en parte extrañada y en parte asustada porque ella siempre me ha dicho que nunca hable con desconocidos y menos con indigentes. Me agarró del brazo y con un silbido paró un taxi para irnos a casa. Pero antes, saqué de mi billetera lo que le había prometido al indigente y se lo di.

Miré por una última vez atrás: ya no estaba el indigente, digo, el genio que me contó todo esto. Le di las gracias en silencio, mientras escuchaba lejanamente la cantaleta de mi madre.

## **II: CARTITAS DE WALTER**

Sé que ayer, mientras escribía y corregía un poco, mi madre me llamó para que fuera a su habitación.

—Estoy ocupado escribiendo— respondí enojado: ya me había desconcentrado.

—Esto le interesa, Juan, venga rápido.

Dejé el portátil sobre mi cama y me dirigí a su cuarto.

—¿Qué es?

—Mire, son unas cartas de su papá escritas a mano.

Lo que me ofrecía mi madre eran cuatro cartas, de una letra desconocida para mí y yo comencé a hojearlas.

—Las voy a leer mañana, ¿tengo que devolvérselas a usted?

—No, quédese con ellas y haga lo que considere necesario.

Ahora, he decidido leerlas y las transcribiré al tiempo que las leo sin cambiarles ni siquiera una vocal, porque es aquella escritura del padre que se fue siendo yo tan niño e inocente, y es que aquí, en estos pedazos de papel, debe haber algún mensaje que él me quiera transmitir mediante su palabra escrita. No lo sé...

## **CARTA A LA INDIFERENCIA**

*Estimada indiferencia,*

*Resulta que es imposible ser indiferente a vos. Resulta sumamente complicado ignorarte, hacer como si no estuvieras ahí, en el umbral de la puerta esperando el momento preciso, la sonrisa forzada, la mirada perdida, los gestos de incomodidad, los monosílabos como únicas respuestas y preguntas, el odio encarnizado de lo inevitable, que al final derivan en ti, todo, todo en ti, pudiente doncella del principio de los tiempos, opulenta princesa de la superficial belleza comercial, reina vagabunda del mismísimo olvido, mi querido compañero de vida; tú haces parte de mí: eres mi arma de defensa contra esas personas que no se merecen mi cariño pero tampoco mi odio; que no se merecen mis evocaciones o reminiscencias, pero tampoco mi olvido instantáneo; que no son dignas de mucho en mi vida, pero tampoco de nada; porque tú, tú eres el punto equidistante entre el amor y el odio; que sí, que sí, no hay cosa que duela más que vos, cosa que lastime más que tus instrumentos de guerra en plena batalla; no existe mayor cicatriz que la que deja la herida de tus pasadas por alto en la calle, o en la exclusión, o en el rechazo cuando estás cerca de esa persona merecedora de ti, adorada indiferencia. Créeme cuando te digo que no hay nadie más en el mundo de las emociones y, sobre todo, de las relaciones interpersonales, que lastimen y hieran el alma más que tú, insurrecta indiferencia...*

*Walter.*

## CARTA AL OLVIDO

Querido olvido,

*La presente no es para insultarte, halagarte o, en algún caso extremo, pedirte un favor o hacerte una sugerencia. Mi única intención es recordarte. Recordar al olvido. Suena redundante, lo sé, pero es que me siento perdido, sí, me siento como desolado, y no es tu culpa, no te preocupes, que de aquí todo me lo he buscado yo, porque reflexionando mucho, pensando y cavilando muchas opciones y alternativas, me di cuenta de algo: la soledad es un mal movimiento, un desliz en la estrategia de juego. Pero, ¿a qué me refiero con esto? Simple, la vida es como el ajedrez; uno es el rey del juego, porque tiene todos sus caballos, sus alfiles, sus torres, sus peones, y por supuesto, su reina a su disposición para que lo protejan. Hasta aquí todo normal, suena hasta bonito, que te cuiden, que velen por tu seguridad porque de ti depende el juego, de ti depende el triunfo en el tablero.*

Bueno, prosigo.

*El caso es que, a medida que el juego avanza, y comienzo a dar las ordenes pertinentes, como rey que soy, para mover las fichas siempre en busca del jaque al otro rey —por decirlo de un modo retórico, el oponente es la vida— y tu estrategia puede flaquear, verse en peligro mis fichas importantes —como lo son el caballo, la reina y la torre, en mi opinión— y encontrarme en la necesidad de moverme, escapar del posible jaque del oponente, aunque sólo pueda desplazarme un solo cuadro en cualquier dirección. Me encuentro a veces limitado por no tener la libertad de desplazamiento de la reina o incluso del alfil, pero recuerdo que yo soy el rey, soy el motivo y razón del juego y decido dar pelea hasta el final, arriesgar todas mis fichas y jugármelo todo para ganar. Pero no, el adversario es más astuto que yo, y en tres movimientos ya mi rey está completamente rodeado: jaque, suelen decir. Mis peones ya están adelante, y éstos no pueden retroceder; uno de mis caballos ya no está sobre el tablero; los alfiles tampoco; las torres sí que menos y mi reina, por un mal movimiento, ansiedad diría yo, también salió del juego. Estoy acabado, lo sé, pero aún me queda una oportunidad: el caballo. Lo nuevo, pero en dos jugadas también está afuera, porque como ya dijimos, el oponente es mucho más ágil mentalmente y ya tiene todo fríamente calculado. Así que sólo me resigno a perder y quién sabe, pedir la revancha después, para repetir la inexorable derrota. Pero no, en este juego no hay desquite, no hay venganza. No. O ganas o pierdes, no existe un punto medio, un equilibrio entre el triunfo o el fracaso: no hay empate. Me maldigo mi mala suerte, y golpeo el trono donde me encuentro*

*sentado, y sólo lo acepto. Me engullen, me mastican con lentitud y me tragan las enormes y malolientes fauces de la vida. Siento el dolor, el dolor de perder que nadie nunca entendió —ni entenderá—, que nadie consideró o tan siquiera se le pasó por la cabeza. Pero he aquí lo más horripilante, terrorífico e inaudito: las fichas de la vida son indestructibles, inexpugnables e invencibles. Nunca podremos ganarle la partida a la vida porque sus peones son las pequeñas desgracias que nos ocurren día a día; sus caballos son la pereza y la mediocridad que nos atacan sin piedad cuando vamos en busca de un objetivo, de una meta; sus torres son el engaño, la mentira que nos meten a la fuerza en la cabeza, desde el día en que nacemos hasta el día en que nos convertimos en polvo; sus alfiles son el amor que nos seduce, nos atrapa y nos cambia, hasta convertirnos en lo que somos, algo bastante contraproducente, pero que igual nos hace felices; su reina, que es aquella monstruosa bestia que siempre está al acecho, esperando nuestra hora para arrancarnos cualquier esperanza que aún nos quede cuando ya lo hayamos perdido todo: la muerte; y, por último, el jugador, tú, al que le estoy escribiendo esta carta. Tú eres el monarca de un reino cuya naturaleza se nos escapa a nuestro corto entendimiento; eres todo y nada; eres tú, aquel ser complementado por otro aún más complejo: el tiempo. ¿Qué serías tú sin ella? Nada. Ambos son el yin y el yang, ambos son libertad y esclavitud, seguridad y miedo, exactitud e imprecisión. Ambos son relativos, inexplicables y misteriosos. Tú, querido por pocos y repudiado por muchos, eras, eres y serás por siempre el rey del juego, olvido, aunque sólo seas la marioneta de otro jugador que mueve las fichas mientras tú te mueves para él, creyéndote libre.*

*Walter.*

## **¿CARTA DE UN SUICIDIO?**

*A quien pueda interesar,*

*Soy alguien muy débil. Frágil. Hoy el día huele a tabaco, a cigarrillo. Huele a una charla a corazón abierto con un trago en una mano y un cigarro en la otra. El día me huele a nostalgia, a rechazo, el día me huele a olvido. Y*



no puedo evitarlo. Ya estoy al borde. No. No lo hagas, me gritan desde abajo. La voz de mi cabeza diciendo hazlo, hazlo, hazlo. El día me huele a indiferencia. El día está gris, apagado, sin color, como siempre. No sé. Ya tomé la decisión, no puedo echarme atrás. Soy firme, pero flaqueo. No sé qué hacer. No puedo. Sí puedo. ¿Por qué lo estoy haciendo? Intento dibujar una sonrisa en mi rostro. Negativo. Imposible en estos críticos momentos. He pasado por buenos momentos en los cuales si he podido dibujar una sonrisa verdadera. Me he sentido plenamente tranquilo y, de cierto modo, feliz. Pero no ahora. Siento el viento golpeándome todo el cuerpo, empujándome más y más al vacío. Pero, ¿Quién causó esto? ¿Por qué? No lo entiendo. Busco respuestas en preguntas instintivamente vacías. Busco amor en corazones rotos. Busco comprensión en oídos sordos y tercos. Busco compasión en recuerdos que lo único que hacen es atormentarme y acercarme más al borde. No. No. No. Quiero un trago de whisky. No. Quiero ginebra. No. Quiero un José Cuervo. Sí, mejor. Bueno, solo quiero un jodido trago que retrase o acelere inconscientemente mi decisión. Ya no puedo evitarlo. No hay nada por hacer. Nada por arreglar. Ya no. De hecho, nunca tuve tiempo de nada. Me concentré tanto en encontrarme a mí mismo en variadas actividades, hobbies y profesiones, que terminé perdiendo mi esencia por siempre. Es inexorable mi corazón. Sé que no puedo fallar. Oigo sirenas acercándose. ¿Qué serán? Yo digo que policías. O no. Mejor una ambulancia. O no, mejor los bomberos. Tal vez sea mi madre en alguno de esos vehículos. No lo sé. Solo sé que nadie podrá salvarme. No. Nunca podrán evitar el destino que la sociedad, con su rechazo e indiferencia, escribieron en la piel de mi alma. Porque eso es lo que ustedes mismos construyeron. Odio, odio y más odio. No soy más que un autómatas lleno de rencores, tristezas, y odios. Mucho odio. Tal vez ese odio me llevó hasta aquí. Quizá fue el que, por la mañana, me despertó, me vistió, me obligó a salir y dirigirme al último piso del edificio donde estoy ahora mismo. Cuando entré nadie me preguntó quién era, para dónde iba. Nadie me mira. Nadie me hizo un puto reclamo. NADIE. Y hasta mejor. Facilitaron mis intenciones. Sin mirar a nadie tampoco, entré en el ascensor y pulsé el último piso. En el trayecto, nadie entró tampoco en el ascensor. Cuando llegué al último piso, subí unas escaleras y abrí una reja que, como si me estuviera esperando desde siempre, no tenía candado ni seguro. Y cuando menos pensé, estaba en la terraza del edificio. Me monto sin pensarlo un segundo al borde. ¿Cuál borde? No lo sé. No sé cuántos pisos son, pero desde donde estoy, comienzo a ver borroso. Vaya ironía. Le tengo miedo a las alturas. Pero quiero enfrentar mi miedo, como nunca lo he hecho. Por primera vez en mi vida, quiero dejar de tener miedo. Siempre me la he pasado así, temeroso. Soy un maldito cobarde. La vida es para los valientes, decía mi madre, pero al parecer, yo carezco de esa valentía. Nunca pude enfrentar de lleno mis problemas. Siempre les daba la espalda o les huía. Cuando eran inevitables, igual escapaba. A toda costa. No importaba cómo. Pero no ahora. Ahora enfrentaré mi destino. No quiero agradecerle a nadie. Odio. Odio. Odio. Eso es lo que soy ahora. Comienzo a caminar lentamente, midiendo cada paso. Pero en

*determinado momento, doy uno en falso, me resbalo y caigo. Comienzo a dar vueltas en el aire, siento como el tiempo se ralentiza y los latidos de mi corazón aceleran rápidamente. Quiero volar. Volar muy lejos de aquí. Escapar de todo, como siempre lo he hecho. Lastimosamente, esta vez no. Ya está hecho. Quiero ser un ángel, aunque no lo merezca. Sólo merezco quemarme en el noveno círculo del infierno por traidor. He sido un traidor. Nunca he sido fiel a mis proyectos, a mis deseos, a mis anhelos y más que todo, a mi intuición. Me he traicionado a mí mismo. Sí. Pero solo quiero caer ya. El último olor que siento es el de la tierra mojada. No me había dado cuenta, pero estaba cayendo una tempestad. Gotas se derraman por mi cara. Tierra mojada. Viento. Tequila. Ginebra. Cigarrillo. Sí, quiero fumarme uno mientras caigo. Siento cada poro de mi piel absorber la lluvia, como si fuera el último vestigio de vida por parte de la naturaleza que fuera a recibir. Cierro los ojos para no ver el impacto. No puedo evitarlo. Primero mi cabeza y luego mi cuerpo acarician el suelo. Ya no. Adiós. Por siempre. Tierra mojada. Nostalgia. Odio.*

*Y tú aun leyendo e inmiscuyéndote en mi intimidad, hijo, nunca cambiarás, ¿no?*

*Walter.*

## **CARTA DE UN PADRE A SU HIJO**

*Querido hijo,*

*Me tomo con diligencia la desfachatez de escribirte mi carta póstuma. Me esforcé un montón para conseguir una pluma y un pedazo de papel, que vamos, no creas que todo es muy fácil cuando eres un alma en pena, atrapada en un mundo que, poco a poco, te comienza a ser ajeno y hasta peligroso. Pero bueno, aquí estamos.*

*Han pasado ocho años, desde un fatídico 3 de junio del 2011, en La Milagrosa, un barrio de Medellín cercano a Buenos Aires, donde fui asesinado, pero no como te lo ha contado tu mamá o tus familiares. Nada de eso. Todo fue muy sangriento y doloroso, al menos para mí y para mi*

amigo del alma: El Duende, ese era su apodo. Tu madre acababa de terminar, por decirlo así, conmigo. Tuvimos una fuerte discusión porque ella alegaba que no era mi prioridad, que mis amigos, el alcohol, blablablá, pero créeme que nunca le puse una mano encima, de eso jamás. Siempre respeté a tu progenitora y, en su momento, la mujer que tanto adoré. Y vamos, ahora que lo veo desde la distancia —o más bien del otro lado, como les gusta decir a ustedes— tenía razón. Fui un descarado con ella, y me arrepiento. Yo era adicto al alcohol, aunque ya lo estaba dejando poco a poco. Pero no, no aguanté más, y exploté. Llamé al Duende para que saliéramos a ahogar mis penas y, cómo no, el me acompañó. Salimos en mi Peugeot, llegamos a un bar cerca de la Toma y pedimos primero un par de cervezas. Le conté lo que había pasado y él se limitó a escucharme. Después, pedimos algo más fuerte: ron. Y, por otro lado, yo llevaba una plata de una moto que había vendido de segunda en mi trabajo, y también era quincena, así que cargaba bastante plata encima. De un momento a otro, empezaron a llegar unos conocidos y ahí finiquitó la conversación. Pero bueno, igual yo ya estaba como prendo, así que los recibí con afecto y seguimos con la juerga. Yo les dije, pidan lo que quieran, que yo invito. Todos me ovacionaron y me abrazaron. Lentamente, sentía el recuerdo de tu madre y la ruptura como algo lejano, distante. Luego, cuando ya estaba borracho, cerraron el bar, y yo le dije al Duende que continuáramos la farra en otro lado, y el aceptó, ya también llevado del putas. En el camino, veía borrosa la carretera y empecé a sentir como se adormecían mis pies. De pronto, tuve que subir una falda bastante empinada, segunda, tercera, freno, tercera, carajo no sube, primera, segunda y por fin. Cuando la subí, sentí un frenazo de una moto. No me había percatado que nos llevaban siguiendo todo el rato. Me apuntaron, me gritaron, hágale pues papi, sin visaje se va bajando de todo lo que tenga si no quiere problemas, y dirigiéndose al Duende le dijeron, y usted también, no se me haga el bobo parcero. Tuve un momento de lucidez en el que me di cuenta que aún tenía plata. La mitad ya, pero al menos tenía algo. Yo me negué, pero ellos ni se inmutaron y, como si de un acto rutinario se tratara, le pegaron un tiro en la pierna, en el pecho, en el estómago, y en la sien a mi amigo. Yo estaba horrorizado, pero antes que pudiera decir o hacer nada, ellos abrieron la puerta del auto y me sacaron bruscamente. Me golpearon hasta que estuve semiinconsciente. Sentí como me gritaban y me maldecían, pero yo no oía nada de nada, estaba en blanco. Luego, nada. Luz. El famoso túnel. Sí era cierto. Volví a despertarme y me levanté con un esfuerzo inhumano. Miré hacia atrás y vi mi cuerpo tendido en el suelo, con dos tiros en la cabeza. Sentí náuseas, pero no tuve tiempo de vomitar, porque de una vez, me transporté a tu cuarto. Estabas durmiendo plácidamente abrazado a tu madre. Desde ese día supe que mi misión era cuidarte, hasta donde me fuera posible...

Todos los días, a las cuatro de la mañana, antes de que se levante tu madre, me recuesto en el umbral de la puerta a observarla, mientras grito, me arrodillo y suplico inútilmente su perdón, su misericordia. Pero

*no, ella sigue sumida en un profundo sueño, mientras que, en tu habitación, alguno que otro espíritu maligno intenta invadir tu bello y hermoso cuerpo; yo lo impido, te protejo hasta donde puedo, me lacero el alma, el espíritu por tu protección. Suele pasar cuando estás deprimido o estresado. En esos momentos, estás muy débil, y eres muy vulnerable, muy propenso a que esos seres inmundos se apoderen de ti. Yo siempre estoy atento para impedirlo. Cueste lo que cueste.*

*Por otra parte, pequeño diablillo elevado y descuidado...Oh, a eso iba, mi chico. Esta tinta indeleble con la que estoy escribiendo no permitirá que deje la verdad en el aire: eres muy desidioso y, como ya te lo ha dicho tu madre centenares de veces, perezoso y mediocre. Sé que pensarás que te estoy regañando o sermoneando, pero no es así. Nunca escuchas a tu madre, pero quién quita que sí me escuches a mí, que ya me desvanecí entre las tinieblas del mundo, pero no de tu memoria. Tú solo haces caso cuando lo que ya te dijo tu madre en reiteradas ocasiones, te lo dice otra persona- ya sea familia o amigos- de frente, sin rodeos ni condescendencias. Eres, además, muy terco, por eso es que te has estrellado tanto en tu corta vida, y si sigues así, ni te alcanzas a imaginar lo que te espera en un futuro no muy lejano. Escuchar es la máxima refinación del espíritu, es la frase que te repetiría hasta el cansancio para que me entendieras, si estuviera contigo físicamente, obviamente. Pero no, debo escribírtelo por acá: ESCUCHA, ESCUCHA, que las cosas no son como crees que son, sácate eso de la cabeza. Deja de ser tan caprichoso y sé un poco más consciente con tu madre. Por Dios, ella cumplió el papel que le correspondía y hasta el que no: el mío. Ella dio, da y daría la vida por ti, por tu felicidad. Es un sacrificio el que hace todos los días por tu bienestar, créeme. A veces la sigo al trabajo y observo su diario vivir. Es mejor ni que te lo mencione, porque es demasiado difícil de entender, de asimilar para una persona como tú, que sólo piensa en sí mismo. Alguien tenía que decírtelo, y ese soy yo, mi chico.*

*No tomes a mal lo que te estoy diciendo; duele, lo sé, sientes como una punzada en el estómago y en la espina dorsal cuando alguien te habla así, como yo lo estoy haciendo; pero no te preocupes, aún estas a tiempo de cambiar, de hacer de tu vida algo no tan tormentoso, no seguir los pasos de tu mamá ni los míos. Te limpiamos el camino para que no te tropezaras tanto, para que pudieras levantarte sin rencores e incluso con más energía y con la fuerza de un oso, si eso llegase a pasar. De un modo a otro, pretendimos facilitarte la vida, ¿y tú que haces? Te resistes, eres grosero con tu madre y toda lo que ya te dije líneas atrás. ¿Por qué?, me pregunto cada vez que le respondes de mala manera cuando te llama, cuando te imparte alguna orden y tú rezongas y a veces, cuando no estás de humor, hasta la maldices en silencio. Pero es algo normal, todos pasamos por eso, incluido tu madre, yo, tu tío, tu abuela, etc. Todos tuvimos que soportar los regaños de nuestras madres, y, ¿qué crees que hubiera sido de nosotros sin todo eso? Estaríamos perdidos, atrapados y acorralados por nuestros propios deseos y caprichos. La madre te orienta,*



*te indica el camino correcto con su experiencia que no se negocia, o en ocasiones, cuando decides no seguirlo, sino tomar una vía alterna, te da instrucciones de qué hacer para cuando estés construyendo tu propio camino, si es que así lo quieres, y así veo que lo estás haciendo. Y no está mal, de hecho, pienso que es lo mejor para alguien con tanto potencial como tú, pero chico, el talento que emerge de ti como una llama, como un río que fluye furioso hacia el mar, que borbotea, se ahoga, grita y pide ayuda, pero que al final sale a flote, para cautivar al mundo con su contundencia, no se va a desarrollar por sí solo. En una palabra, te resumo todo lo que tengo por decirte en cuanto a eso: Constancia... digo, tres: Constancia, disciplina y voluntad. Esas tres cosas aplicadas de la forma correcta a tu oficio, que es la música, y no va a haber fuerza humana que pueda pararte. Tiempo también, date tiempo, explórate, mira con linterna en las cavernas de tu alma, y escucha a tu subconsciente, esa entidad que habla con voz inaudible, pero que no cesa hasta ser oída. Practica, practica hasta que no puedas más, toma descansos activos para estirar y pensar un poco, y pon como prioridad tu pasión, sin dejar de lado tus obligaciones ya establecidas en tu hogar y, como es obvio, con tu madre. Nunca te olvides de ella. J A M Á S. Puedes estar viviendo en otra galaxia, pero nunca pierdas la comunicación con ella. Cuéntale qué hiciste, cómo estuvo tu día, con quién tuviste este o tal disgusto y por qué, sé sincero siempre y dile en qué te equivocaste, desahógate, no te guardes nada, que es peor. Luego, pregúntale a ella, interésate por su vida, haz lo que sea necesario, pero no tires al cajón del olvido sus esfuerzos, su vigor, su empeño y el sudor en su frente para sacarte adelante a ti; pero sobre todas las cosas, nunca te olvides de su incondicional... amor. No seas tan desagradecido con la mujer que nunca te abandonó. Y que no lo haría nunca, ni siquiera en otra vida y en otras circunstancias.*

*Y una última cosita, ya que se me está acabando el papel y la tinta: cuando cumplas dieciocho años, no podré seguirte protegiendo. Soy tu ángel guardián, sí, pero por tiempo limitado. Lastimosamente, yo también tengo fecha de caducidad, o lo que considero yo, un descanso de este limbo. Tu madre te ha educado y te ha entrenado para salir a enfrentar al mundo con todo tu esplendor de una manera que, simplemente, me quedo sin habla. No hay palabras para describirlo. Pero, como te dije, a partir de esa fecha, espero que puedas recibir esta carta y continuar tu camino... sin mí. Siempre he estado contigo, a tu lado, cuando comes, duermes, hablas, en todo momento. Pero ya no podrá ser así, debes ponerle la cara al mundo, y vivir. No puedes seguir viviendo en ese cascarón. Debes mudar de piel, dejar de ser una oruga y convertirte en una mariposa que vuela libre por los confines del universo. Debes afrontar las consecuencias de tus actos y hacerte responsable de ellos. Pero sobre todas las cosas, debes amar a tu madre, como nadie jamás haya amado en este planeta. Sin nada más que decirte, me despido... para la eternidad.*

*Con mucho cariño,*

*Walter.*

### ***III: RELATOS PARALELOS***

**S.**

Es de noche. Ya los acostaron a todos. Tú eres el único que sigue despierto con una pequeña vela iluminando el papel donde escribes estas palabras. Lo conseguiste porque le pediste a Eduardo, que de vez en cuando te visita, que te trajera unos libros y un cuaderno, ya el lapicero lo conseguías por tu cuenta. Así fue y todas las noches anteriores has leído bastante y has hecho planas de las palabras que se repiten en tu mente a diario. Todo esto, con el propósito de mejorar tu letra, y que se entendiera esto que estás garabateando. Pero hoy ha venido la melancolía para acompañarte a dormir, y tú comienzas a recordar a S. Te gusta esa abreviación, suena más sutil, más delicada. A S. la conociste en una



academia de música, en la clase de coro. Recuerdas lo hermética que era. Al principio te daba mucho miedo hablarle. Quién sabe cómo reaccione si le hablo, pensabas martirizándote en tus delirios de adolescente. Recuerdas su cabello lacio, sus ojos cafés oscuro y sus labios, carajo, sus labios y no hacen falta más explicaciones, al menos no en cuanto a las demás facciones de su rostro. Su cuerpo se te vuelve un poco difuso en el recuerdo, sin embargo, su particular forma de ser, no. Eso jamás se te ha olvidado. Y estás seguro que nunca lo hará.

Aparecen en tu cabeza las imágenes de cuando la conociste: eran las ocho de la mañana y estabas en una clase de coro acompañado de otras quince personas cantando My immortal de la banda Evanescence. Ya estaba estudiada, sonaba bella y afinada, pero claro, faltaba hacerle pequeños arreglos.

—Apoyo, recuerden apoyar en el diafragma y proyectar la voz hacia el frente, chicos— decía Eduardo, el profesor, mientras se tocaba el vientre y luego dirigía las manos hacia adelante.

Concluyeron esa canción y siguieron con el repertorio que faltaba, y así hasta las once de la mañana, ya que este era el horario de la clase y siempre debían estar puntuales a las ocho en la puerta de la academia para evitar problemas con Eduardo, porque si había algo que él odiara era la impuntualidad. En aquel entonces tenían recital y en unos dos meses y medio todo debía estar listo. Se sentaban en un círculo que rodeaba el piano donde estaba sentado Eduardo. Cuando la clase terminó, S. recogió su silla y la llevó al lugar donde se colocaban los atriles y las sillas, un pequeño espacio que quedaba cerca de la sala abierta donde recibían la clase; los demás, incluyéndote, la imitaron. Nunca la viste hablar con nadie, parecía que ni amigos tenía allí en la academia. Fue como un impulso de niño lo que te llevó a que ese mismo día te atrevieras a cruzar algunas palabras con ella. Cuando se dirigía a la puerta para salir, la llamaste por su nombre. Ella miró a su alrededor, extrañada.

—Hola— le dijiste, y ella te miró de frente. Sentiste una descarga eléctrica recorriendo tu espina dorsal, estremeciendo cada hemisferio de tu cerebro y un montón de endorfina liberándose.

Tenía una mirada severa que te sorprendió y que te impulsó a no volver a seguir tus impulsos de niño nunca más. No obstante, pasaste por alto ese pensamiento, y ella respondió con una voz dulce pero severa como su mirada:

—Hola.

Y ahora qué, te preguntaste. Ella estaba parada en frente de ti, a la expectativa. Pensaste rápidamente, tantas posibilidades para empezar una conversación: Cómo estás, mucho gusto, David, qué tal la clase, este

Eduardo es bastante exigente con el repertorio, pero me cae lo más de bien. O algo un poco más directo: Cómo te va, qué harás mañana, ¿quieres salir conmigo? Pero no, en vez de eso, al ver que te habías quedado sin decir nada, te preguntó fríamente:

—Qué pasó, David.

Sabía tu nombre, algo sorprendente porque no pensaste que su memoria pudiera retener ese tipo de información un tanto innecesaria como son los nombres de compañeros de clase, ¿no?

—Nada, sólo quería saludarte— le respondiste. Ella se quedó callada, y luego ambos miraron al suelo, con la esperanza de encontrar allí un tema que quizás permitiera fluir una conversación por medio de las banalidades cotidianas.

En todo caso, ella ya no te miraba. Pensaste que ya había perdido todo interés en ese intento de conversación, de acercamiento, y que sólo estaba ahí, parada frente a ti, por educación, para no hacerte pensar que era una chica maleducada. Dedujiste que a ella le importaba, aunque fuera sólo un poco, lo que pensaras de ella, ¿no? Era una buena señal.

Decidiste jugártela toda y le preguntaste, buscando hacerte oír por encima del griterío que iba in crescendo en ese preciso instante en la academia:

—¿Y cómo va todo?

—Bien— te respondió en un tono de voz tan bajo que te costó escuchar sus palabras. Nada qué hacer, conclusión de la charla, retírate como alguien digno, decente, te gritaba una voz en tu cabeza. Pero no, tú no le hiciste ni una pizca de caso a la voz que se apoderaba de ti en ese momento. Ella hizo como un amago de irse y ahí mismo le soltaste la última pregunta, con una vaga esperanza de poder acercarte a ella:

—¿Quieres que te acompañe a tomar el bus?

Silencio. Qué podía significar aquel silencio, te preguntaste. Bueno, ahorrando detalles, tú lo tomaste como un sí, tú solías tomar todos los silencios como una afirmación dubitativa. A ella le dio igual que la acompañaras o no, así que abrió la puerta de la academia y salió. Tú fuiste detrás de ella.

La academia quedaba en la esquina del parque Obrero, por lo que caminaron hasta la otra cuadra, bajaron por esa misma avenida y cruzaron los semáforos luego de una espera de uno o dos minutos. No se miraron en ningún momento, tú por pena y ella, no sabes, distraída tal vez, pero con la misma mala cara de cuando te acercaste a saludarla. Por

qué será así, te preguntabas a ti mismo con insistencia.

—Ahí viene— te dijo ella de sopetón y tú no supiste qué decir porque estabas ensimismado en tus reflexiones. Se refería a un pequeño bus que soltaba un humo bastante contaminante, y con unas letras en el vidrio panorámico que decían Enciso, y en un cartel más pequeño los lugares por donde pasaba, etcétera. Como S. notó que tú no hacías nada y el bus ya iba a pasar de largo dejándola a ella, se acercó rápidamente a ti y te dio un fugaz beso en la mejilla. Luego, te susurró al oído con esa misma voz dulce pero severa con la que te saludó, y que, supusiste, era la voz que utilizaba siempre para hablar o, en este caso, susurrar, a manera de despedida:

—Gracias.

Cabe destacar que, al verla subir, en vez de frustrarte por aquellos infructuosos diálogos, te alegraste de que al menos te hubiese agradecido el detalle de haberla acompañado, claro, no cualquiera hacía eso, y menos con S. Entonces sí, te sentiste ya un poco más liviano y desembarazado del enorme peso del hermetismo de S. para mantener una conversación y que, en verdad, ya te tenía fuera de quicio, aunque pareciera que tu actitud era pasiva y tolerante en las descripciones de arriba.

Comenzaste a subir con paso firme por un atajo que te dejaba cerca a la casa donde vivías en aquel entonces, mientras imaginabas las cosas que uno imagina cuando una chica le da las gracias y un beso en la mejilla. Una vida, hijos no porque tú nunca quisiste hijos, ni siquiera ahora que estás más adulto; quizás un gato, un Bombay americano con S., siempre con S.

Llegaste a casa. Tu madre estaba trabajando. Te demoraste unos quince minutos buscando algo de comida ya hecha para no cocinar hasta que te acordaste de las indicaciones de tu madre por la mañana antes de que salieras para la academia:

—El almuerzo queda dentro del microondas.

Abriste el microondas y te encontraste con un plato delicioso: arroz, carne de cerdo, patacones y unas cuantas rodajas de tomate acompañadas de trozos de lechuga crespas y una que otra aceituna bañadas en aceite de oliva. No sacaste el plato, sino que conectaste el microondas y apretaste el botón de treinta segundos dos veces y esperaste un minuto a que calentara, así mismo como esperabas una semana entera para poder ver a S., ya que al resto de clases de la academia no iba, qué rebelde la chica. Tú ibas tres veces a la semana siempre con la esperanza de verla, pero nunca era así; únicamente los viernes se te era otorgado el privilegio de verla. Te serviste un jugo de lulo que había en la nevera y fuiste al

comedor mientras pensaba en S. Comiste con avidez y luego fuiste a lavar los platos mientras hacías digestión de la comida.

Antes de colocarte el uniforme para ir al colegio, le escribiste un mensaje de texto a S., pero no lo enviaste, y como podrá adivinarse, lo borraste y lo volviste a escribir un millón de veces antes de atreverte a mandarlo; claro, por Messenger, porque tú la tenías de amiga en Facebook, lo que sí no tenías era su número, en palabras más modernas, no tenías su WhatsApp, o sea que no tenías nada. Pero bueno, al final decidiste mandárselo al otro día, por lo que lo dejaste escrito y cuando abrieras tu chat sólo sería darle en la flechita para enviar y listo. Era algo así como: *Hola, soy David, ¿sí llegaste bien?* Pero no, no tenía sentido preguntarle al otro día si había llegado bien, porque ella preguntaría qué de dónde había llegado bien, o algo por el estilo y empezaría a pensar que tú eras un acosador. Quién carajo es David, se preguntaría S., uy no, qué miedo, mejor bloqueémoslo. Y claro, todo esto si es que al menos veía el mensaje.

Finalmente, decidiste enviarlo al instante, ya está. A la mano de Dios, como decía tu mamá. Y bueno, esperaste, pero al menos con el estómago lleno y contento, el corazón no por la ansiedad. Miraste el reloj de la sala y viste que eran las doce y diez y tú entrabas a las doce y quince al colegio; mientras te vestías, te cepillabas los dientes, te echabas loción y agarrabas tu buso y tomabas camino al colegio, ibas a llegar súper tarde. Y justamente fue así.

—Siéntese donde pueda que ya no hay puesto— te dijo con ironía el profe de matemáticas.

En el colegio no pasó mayor cosa, lo de siempre, pero sin S. y por eso lo de siempre, sólo que más aburrido y monótono sin S, pensabas.

Como tú siempre dejabas el celular en la casa, cuando llegaste, abriste la puerta de tu habitación y ni siquiera descargaste el bolso para sentarte a observar más cómodo lo que ya era obvio, que ni un solo mensaje verías en las notificaciones de tu celular. Pero no, había algo, una ínfima certeza que iba creciendo de a poco, de que ella sí iba a responder. Podrás hablarle durante toda la semana, lo que hará la espera de todos los viernes para verla menos amarga, te susurraba al oído aquella vaga certeza. Y esa certeza, acertó. En efecto, un *Hola. Sí, llegué bien, gracias por preguntar. Y usted?* era el panorama que te ofrecía la pantalla de tu celular. Saltaste de felicidad, para qué ocultarlo, no tiene sentido ocultar aquella momentánea felicidad: viernes en la noche y un mensaje de S. Se había acordado de ti, te había respondido el mensaje con sobriedad, sin tutearte, manteniendo las distancias. Pero algo es algo, te dijiste con seguridad. Faltaba un signo de interrogación, pero qué importaba, te había respondido, bien, mal, no te ibas a poner a dañar el único atisbo de esperanza hasta entonces visible corrigiéndola, aunque tuvieras arraigada

en tu forma de ser la costumbre de corregir las faltas ortográficas de los demás. Te había respondido y ya está.

Así comenzaron a hablar por chat, ella se demoraba para responder, imaginaste que mantenía ocupada y bueno, no pasaba nada. Pasó el sábado, domingo, lunes, martes, miércoles, jueves y finalmente viernes, añorado viernes. Te alistaste como un meteorito cayendo, desintegrándose a medida que entraba a la atmósfera de la tierra y pequeños fragmentos de éste aterrizaban en distintos puntos del planeta sin mayor sobresalto porque ya eran diminutas piedritas inofensivas. Te disponías a salir de casa, pero algo te detuvo en el umbral de la puerta.

—El almuerzo queda en el microondas, David— dijo tu madre, esta vez no se te iba a olvidar.

Llegaste a la academia y ya S. estaba sentada, casi todos lo estaban y tú eras el recién llegado, así que todos voltearon a verte fugazmente, incluida S., qué alivio, y siguieron con el ejercicio de calentamiento: siseo, escala menor, escala disminuida con la vocal a, los meses del año en tonalidad menor, etcétera.

Esa vez, durante la clase, sí se miraron, ya de frente, sin mayor pudor. Esperaste ansioso el término de la clase para acercarte esta vez con más confianza, entablar una conversación yendo más allá de lo frívolo, hacer algún chiste, reírse tapándose un poco la boca para no parecer mal educados, hacerla ceder un poco más, claro, y esta vez que ella te acompañara a ti, y no precisamente a coger el bus, quizás, quizás.

La clase terminó y tú recogiste la silla, la llevaste al lugar correspondiente, y viste a S. un poco indecisa, así que te acercaste a donde estaba. Ella no hizo ademán de abrir la puerta para irse, te esperó o tal vez no, en todo caso se quedó mirando un rato la ventana, cosa que nunca hacía, tal vez esperándote, ¿no?

Te acercaste por detrás y la saludaste con naturalidad:

—Hola —S. se volteó, tú mantenías una distancia prudente, la prudencia es la mejor arma de la conquista, y bueno, ella hizo un leve movimiento de cabeza, tú le extendiste la mano y ella la apretó suavemente. Sonrió un poco, se veía completamente diferente al sonreír. Tú también sonreíste y... Quizá aquí deba ahorrarte detalles de lo que sucedió más tarde, pero no, eso sería una falta de respeto contigo, por Dios.

Ese día ni ella ni tú tenían clase en el colegio por el paro nacional de profesores y bueno, había que aprovechar para descansar. Sin preámbulos le pediste que te acompañara a tu casa y otra vez el silencio y

tú diciéndole con soltura:

—Tomaré tu silencio como un sí, vamos.

Ella arqueó una ceja y te miró sorprendida de tus interpretaciones de silencios, pero bueno, tú lo tomabas como un sí, era inevitable. S. no opuso resistencia, pero tú tampoco la estabas obligando, sólo que esa vez sí se miraron y sí se hablaron durante el trayecto; tomaron un atajo para no subir la empinada falda de La 58 por un parque construido por la Alcaldía y que colindaba con tu casa; ella no estaba acostumbrada a caminar porque claro, siempre tomaba bus o alimentador, o así. En ningún momento se te ocurrió tomarle la mano mientras caminaban, pero cosas que pasan y ella agarró la tuya, excelente señal.

Y ahora qué. Estaban en la puerta de tu casa, tú no te atrevías a sacar las llaves, pues la propuesta era que te acompañara, mas no que entrara y tomara un vaso de agua por el cansancio de la caminata. Sin embargo, S. no mostraba señales de irse ni tampoco de quedarse; sólo estaba mirando al horizonte de brazos cruzados y con el cuerpo apoyado en la pierna izquierda, un tanto melancólica. Al ver que S. no hacía nada, sacaste tus llaves e introdujiste de la puerta principal en la cerradura; S. se percató de tu movimiento, pero tampoco hizo nada. Abriste y la invitaste a pasar; dudó, te miró por un momento y se quedó inmóvil en el umbral de la puerta.

—Entre y cierre que aquí no hay caballos— le dijiste mientras te dirigías a tu habitación.

Oíste el sonido de la puerta al cerrarse, magnífica señal. Entraste en tu habitación; tu madre no estaba y supusiste que a esa hora estaba trabajando; descargaste el bolsito en el que llevabas tus partituras. Luego, te despojaste de la billetera y el reloj que tenías puesto, había que ponerse cómodo. Cuando saliste de tu habitación, ella seguía parada a un lado de la puerta cerrada. Le señalaste una silla para que se sentara y ella obedeció, ni tan rebelde era la chica.

Le ofreciste un vaso de agua, pero no, ella no quiso. Tú sí estabas sediento por la caminata; fuiste a la cocina y te serviste en un vaso. Bebiste rápidamente el agua y dejaste el vaso en el fregadero, ya ahorita lo lavarías. Fuiste donde estaba S. y seguía como la dejaste: sentada y mirando a la nada, a la pared, que es igual a nada. Le ofreciste algo de comer, pero tampoco quiso y bueno, comenzaron a hablar de todo un poco hasta que ella se paró y dijo que tenía que irse. Abrió la puerta, pero tú ya estaba detrás de ella, con tus manos en su cintura, pidiéndole que se quedara un poco más:



—Qué afán— le susurraste al oído— hoy no hay que estudiar. Quédate.

Cerraste la puerta, y la tomaste de la mano; siguieron hablando, pero ya en tu pieza, había que tomarse el asunto con calma. La aconsejaste un poco del mundo para calmar los ánimos e ir persuadiéndola de a poco; le dijiste que estudiara, que intentara ayudar a su familia, sobre todo a su mamá, porque claro, las mamás son angelitos y dan la vida por uno y blablablá.

Cuando no supiste qué más decirle, te acercaste con cautela, tranquilo, sin prisa, tenías toda la tarde. Se miraron, otra vez descarga eléctrica por tu espina dorsal, corazón a toda velocidad, endorfina. En el momento crucial, ella retiró su cara bruscamente y qué carajo, ahora qué, ya la cagaste. Lo intentaste otras dos veces, pero ella seguía negándose mientras miraba fijamente al suelo, buscando valor tal vez; en alguna conversación por chat te había contado que estaba hablando con alguien y que las cosas iban ahí, bien. Pero claro, como la tercera es la vencida, finalmente... Choque, explosión de dopamina, al fin, al fin, sus labios, sus labios y no hacen falta más explicaciones.

—Vamos para la pieza de atrás— le murmuraste al oído como cuando ella se despidió de ti la semana pasada.

Ella se levantó y te siguió a la pieza de atrás, siempre agarrada de tu mano, entrelazada con tus dedos. Entraron y se quitaron los zapatos para no ensuciar la cama; la encaramaste encima de ti, roce y más roce, adiós vestido apretado que te marca esa voluptuosidad tuya de esa manera, mujer, por Dios, pensabas para tus adentros. Besos en el cuello, suspiros, exhalaciones, claro, lo de siempre, pero no lo de siempre porque era con S. Y luego clic: el sostén, pero no, S. apretada contra tu pecho, avergonzada.

—No quiero—te dijo suavemente—, me da pena, no puedo, no quiero que me veas así, a plena luz del día.

Y luego nada, otra vez el clic para ponérselo, ya está, no pasó nada, roce, más roce y más cuerpo, saliva, suspiros, gemidos. Tu pantalón voló por los aires, al fin libre; más saliva, más suspiros, y ahora qué, ahora nada, hecho ya está. Al fin, cuánto había fantaseado por ti S., no te imaginas, qué carajo, por fin, oh sí, pellízcame, quién quita y esto sea uno de tantos sueños húmedos que tengo últimamente, seguiste pensando para tus adentros. Y entonces, entre tanto furor, tanto placer, tanta saliva, tu madre comenzó a interponerse en tus pensamientos, recordándote que ese día descansaba del trabajo y que debía estar en el supermercado, pero no te lo había dicho. Luego, apartaste ese pensamiento y seguiste, sólo quedaba seguir, no ibas a dejarlo a medias, de eso estabas seguro. Y después un crescendo de suspiros, gemidos, ahora nada de interrupciones ajenas, sólo su respiración entrecortada y la tuya, obviamente la tuya,

también eres de carne y hueso y de suspiros.

—No soy capaz, por favor, no— te susurró ella, casi implorando.

—No te obligo a nada, como tú prefieras, no hay problema— le contestaste en un hilo de voz, cerca del lóbulo de su oreja derecha mientras la acariciabas con tus labios.

—Pero es que yo te quiero a ti, cuando vuelva quizá, quizá me decida— todo dicho por S. entre suspiros para hacerlo más sensual, más romántico. Tal vez no fue a propósito, tal vez se arrepintió después de haberte dicho eso, lo cierto es que, de repente, escuchaste un grito de tu madre desde la cocina, pidiéndote que fueras a ayudarle a desempacar el mercado.

—Ya voy— le gritaste.

Te vestiste lo más rápido posible y le dijiste a S., nerviosamente:

—Vístete y escóndete en el closet, debes caber ahí dentro, ya encontraré la manera de que te vayas sin que mi madre se dé cuenta, ¿listo?

Ella asintió con la cabeza y empezó a vestirse. Antes de cerrar la puerta, la miraste de reojo y ella ya se estaba escondiendo en el closet, que era bastante pequeño, por cierto.

—¿Cómo le fue, madre? —le preguntaste al llegar a la cocina.

—¿A usted qué le paso que está tan sudado?, ¿qué andaba haciendo? — te preguntó tu madre al tiempo que te miraba y buscaba algo entre las bolsas del mercado.

—Nada— le respondiste.

Ella se quedó callada. Al instante, sacó lo que parecía ser un arequipe del fondo de una de las bolsas y te dijo:

—Vea, acá le traje esto.

Te entregó una bolsa negra. Miraste su contenido y era un arequipe, de los que te gustan. Le diste un abrazo a tu madre, agradeciéndole.

—¿Me lo puedo comer ya? — preguntaste con una ligera sonrisa.

—¿Ya almorzó? Si no, no puede comerse ese arequipe— te respondió ella mirándote fijamente.

—No.

—¿Y eso por qué?

—Ah no, es que se me olvidó desde que llegué, pero ya voy a comer lo que me dejó en el microondas.

—Listo, vaya coma mientras yo organizo todo esto— concluyó tu madre.

Esta vez te encontraste con un plato de pasta. Lo calentaste un minuto y esperaste. Pensaste en S. y te dieron muchos nervios de que tu madre entrara a la pieza y abriera el closet y... la encontrara allí, escondida.

Como si te estuviera leyendo el pensamiento, te dijo:

—Ya vengo.

La viste alejarse hacia la pieza de atrás. Corriste detrás de ella, pero era tarde: ya estaba dentro de la pieza buscando algo en el closet. Su expresión no se alteró, como si adentro no estuviera S., mientras tú la veías con total claridad, tapándose con sus brazos y con una expresión de miedo en su rostro, pero sin huir a los brazos de tu madre, que, para tu sorpresa, parecían atravesarle el cuerpo, como si S. fuera..., no, eso no podía ser, no.

Saliste y te dirigiste al comedor, el hambre apremiaba ya. Comiste con un ligero temblor en el cuerpo. Cuando terminaste la comida, fuiste a lavar el plato y tu madre nada que regresaba. Te comenzaste a desesperar y agarraste un cuchillo de la cocina mientras dirigías tus pasos a la pieza de atrás para...

No puedes seguir escribiendo. Te acaban de descubrir, el enfermero te va a dar un sedante para que puedas dormir, y S., S., no te desvanezcas, no, no, por favor, nunca te olvidarás de ella, seguirá por siempre contigo, ¿cierto?

¿Seguirás atrapada en el closet, o lo que aún queda de él, o quizás en el crematorio de la creatividad, junto a las demás hojas de ilusión quemadas y tiradas a la papelera?

¿Sigues ahí, S.? ¿Todavía puedes escucharme?

## LAS VAQUITAS

Después de un largo día de trabajo en el colegio, luego de enseñarles a tus alumnos la importancia de la novela española en la historia de la literatura, entre otras cosas que ya ni recuerdas entre tanta información, datos históricos, calificaciones y reuniones con tus demás compañeros docentes, llegas a tu casa y descargas tu bolso. Te sientes con el ánimo por los suelos, solamente quieres dormir y despertar un par de años más tarde, una época en la cual hayas conseguido, como por arte de brujería, lo que realmente deseas: escribir. Pero no te decides, el trabajo te mantiene ocupada las dieciocho horas de tu día, y también está Lizeth. Mejor dicho, ni para qué continuamos.

—¡Mamá, llegaste! —te grita Lizeth desde su habitación y hacia allí te diriges. En el mismo momento que abres la puerta, ella te suelta: — Ayúdame con una tarea, mamá, necesito escribir un relato sobre mi zona de confort o algo así, ¿me puedes ayudar? Por favor, sabes que tengo muy mala ortografía, y no sé cómo expresar mis ideas, mamá, por favor...

La miras y no hay ninguna expresión en tu rostro; escuchas sus palabras lejos, distantes, difusas. Sin embargo, en un breve momento de lucidez, vuelves en ti, y le dices:

—Hoy me siento muy cansada, mi amor, pero, ¿para cuándo es la tarea?

—Para mañana. Necesito tu ayuda hoy, por favor, te lo pido, mamá, ¿sí? No nos vamos a demorar mucho, solo tiene que ser de dos páginas, algo simple— te replica ella con la cabeza ladeada y una sonrisa de oreja a oreja.

Dudas por un segundo, pero al ver ese cabello enmarañado, esos ojos cafés oscuros, esa naricita simpática y esa sonrisa que siempre te

convence, aceptas ayudarlo.

—¿Qué título le ponemos? —te pregunta Lizeth.

—El título siempre se pone de último, aprende eso, ya que es lo que reúne todas las ideas que plasmaste dentro de tu texto, y así puedes conectar todas esas ideas en una sola: el título. ¿Me hago entender, hija?

—Más o menos— dice Lizeth haciendo esas muecas que ella siempre hace cuando no te está entendiendo.

Suspiras y le pides a Lizeth que te dé cualquier palabra para empezar:

—Escribir.

## **EL TÍTULO VA DE ÚLTIMO**

*Escribir, algo tan simple, pero tan complejo, ya se sabe, las reglas gramaticales, la técnica y todo eso que me cuenta mi mamá cuando llega a la casa y le pregunto qué enseñó ese día, y ella comienza con su súper discurso, al cual siempre le presto atención porque mi mamá suele decir cosas muy interesantes acerca de la literatura, y bueno, yo soy Lizeth y mi mamá se llama Victoria, ella es profesora de español en un colegio que ya no recuerdo el nombre, yo vivo con ella y vivimos muy tranquilas las dos solas, porque mi papá se murió cuando yo tenía siete u ocho años, ya no recuerdo bien tampoco, tengo muy mala memoria, hasta se me iba a olvidar hacer esta tarea que dejaron hace como una semana en clase de español, pero bueno, aquí estoy, escribiendo.*

\*\*\*

—¿Por qué no le pones puntos al texto, mamá? —te dice Lizeth mirando a la pantalla y señalando con el dedo cada coma.

—Porque quiero hacerlo como si tú estuvieras hablando por medio de las letras, de las palabras, ¿me hago entender? —respondes mirándola fijamente.

—Más o menos— y otra vez aquella mueca.

De repente, tu teléfono comienza a sonar; lo sacas de tu bolsillo y te fijas en quién te está llamando: es Javier. Le pides a Lizeth que continúe otro párrafo con la misma idea que tú llevabas en el primero y sales de la habitación para atender la llamada en la cocina.

—¿No habíamos quedado en que no me ibas a llamar en semana? — le sueltas de una vez a Javier.

—Ya sé, pero es que quiero y necesito verte hoy mismo, tengo que mostrarte algo, ¿a qué hora paso a recogerte? —te responde él, en un tono suplicante, pero al mismo tiempo, autoritario.

—No, Javier, hoy no. Me siento muy cansada y le estoy ayudando a la niña con una tarea. No y no— y le cuelgas.

Nuevamente, en la habitación de Lizeth, miras la pantalla del computador y ves la primera frase.

—¿Por qué escribiste eso? ¿Así de mala madre soy para que te sientas de esa manera?

Ella no te responde, solo tiene la cabeza gacha y parece estar llorando mientras aspira para tragarse sus propios mocos. De nuevo su papá, claro, qué más podía ser. Tomas su barbilla con tu mano derecha y, mirándola a los ojos, le dices con firmeza:

—No más lágrimas derramadas en vano: él no quiere esto para ti, debes ver su partida como tu propio punto de partida para formar una vida, así sea lejos de mí —acto seguido, vas al baño por un poco de papel higiénico para limpiar a Lizeth y regresas al cuarto. Ella está tecleando en su portátil mientras se seca las lágrimas con la manga de su brazo derecho.

—¿Qué es eso? —le preguntas entre llantos a tu hija, no la crees capaz de haberse sincerado tanto con sus propias palabras.

Ella continúa tecleando, pero decides salir y marcas el número de Javier.

—A las ocho, ni un minuto más ni una hora menos, ya que te encanta llegar tarde a todos lados, hipócrita— y cuelgas.

Comienzas a llorar, te duele lo que piensa y siente Lizeth. En todo caso, cuando terminas tu llanto, que suele durar tres minutos y medio, como lo indican las instrucciones de Cortázar, te limpias con papel higiénico tus lágrimas. Piensas en una metáfora y te ríes: ojalá los



problemas fueran como ese papel, que con agua se volvieran nada, aunque fuese con agua de sal: lágrimas.

Suena otra vez tu teléfono. Atiendes.

—Ya estoy abajo.

—Vale.

Te colocas una chaqueta y te despides de tu hija con un beso en la frente:

—Voy a salir, enseguida vengo, ¿listo? En la nevera hay pizza, para que comas.

Ella sigue escribiendo, parece poseída o distraída, no lo sabes con exactitud, pero, sin dejar de mirar la pantalla ni de escribir te dice:

—Hasta luego.

—¿Qué era lo que ibas a mostrarme? —le preguntas entre curiosa y enojada.

—Algo, pero no nos precipitemos, todo a su debido momento— dice a modo de respuesta Javier.

—Dímelo de una vez para saber a qué atenerme.

—No. Mejor cuéntame, ¿cómo va tu trabajo?

—Como de costumbre.

—Qué bien.

Te quedas callada, sabes bien que la conversación no va hacia ningún lado, y más que Javier no es de hablar sino de actuar e ir al grano siempre.

El auto voltea a la derecha dos veces, luego gira a la izquierda, es el camino de siempre, va hacia su casa, pero sigues teniendo de la duda de cuál es la sorpresa que tiene para ti.

—Siéntate en el sofá, yo ya vengo— dice Javier unos instantes después de entrar contigo a su casa, la que ya conoces de memoria, pero que esta vez luce un poco más organizada, más limpia, más decente.

Javier prende una lámpara que alumbra tenuemente el espacio y te acomodas en ese sofá donde han sucedido multiplicidad de encuentros,

y no solo carne con carne: también han tenido largas conversaciones existenciales, o a veces, superfluas, daba igual; han hablado de diversos temas gracias a esa confianza que han construido durante aquellos dos frenéticos años plagados de encuentros secretos, a escondidas de Lizeth, que sigue extrañando a su papá; ella no aceptaría que un hombre nuevo entrara a sus vidas que, hasta el momento, habían sido tranquilas y pacíficas. ¿O sí?

Todo esto te lo preguntas mientras sacas un cigarrillo y lo enciendes para darle un par de caladas. No te gusta fumar muy seguido ya que Lizeth no soporta ese olor y tú solo lo haces cuando te sientes demasiado estresada o muy aburrida y no estás cerca de ella: primero la comodidad de tu hija antes que la tuya siempre ha sido tu premisa como madre. Como buena madre que te consideras.

De la habitación de Javier proviene ese ruido que él

## Capítulo 2